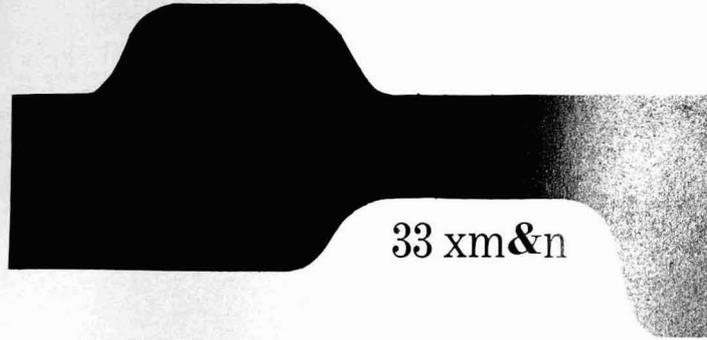


página
33



33 xm&n



221573



* 400012

Ante un hombre cordial, seguramente joven y muy dueño de sí presenté mi proyecto. Era el fruto de veinte años de práctica burocrática habida entre los bajos, los medios y aun casi los altos niveles de la administración, por lo cual sentíalo muy sólido y sobre todo muy útil. Tendía a proteger el tiempo de los funcionarios, amagado por toda laya de aspirantes disfrazados de autores de grandes proyectos, plaga habitual de las Secretarías de Estado y terror de sus antesalas.

La idea, en su sencillez, me parecía loable. Consistía en crear una dependencia especializada en el manejo de absurdos administrativos: ilusorios ingenios para expeditar el tránsito de vehículos en las ciudades; diseños de armas fantásticas para dar al país una capacidad de intimidación superior a la de las grandes potencias; sistemas pedagógicos para ilustrar como por encantamiento a la población; decomunales obras de riego que agotaría los recursos de tres generaciones laboriosas; una legión de inspectores de verdadera confianza para vigilar a todos los inspectores en ejercicio y cosas así.

Fui escuchado con gran interés y calculo que por más de una hora, pues recuerdo haber aceptado hasta dos tazas de café. Previendo los naturales escrúpulos de todo funcionario para fatigar su presupuesto, anticipé que la planta necesaria para una Dirección General como la que proponía era ridículamente exigua. Un director y una secretaria que había de ser extraordinariamente afable, un burócrata experto en tácticas de dilación administrativa, un psicoterapeuta y un par de mozos robustos para manejar inesperados desórdenes durante la audiencia completarían la nómina. Un sistema de sonido alimentado por una cinta magnética cargada de ruidos y voces de oficina daría a los peticionarios la idea bienhechora de hallarse en un centro de extraordinaria actividad y eficiencia.

A cambio, los altos funcionarios de todo el país descarrilarían para la flamante oficina los proyectos anormales con todo y los proponentes emboscados detrás de ellos, rescatando para las urgencias administrativas un tiempo sencillamente invaluable.

Se me ha ofrecido estudiar detenidamente mi propuesta y tener una decisión preliminar una vez que haya pasado el Informe del señor Presidente. No me importa tanto esperar esos meses —apenas estamos en enero—, sino que temo que alguien se me haya adelantado en mi proyecto; tal vez lo he contado demasiado. Porque advertí una esmerada cordialidad del joven director; su secretaria insistió tal vez demasiado en que aceptase el café y, en fin, el mozo que se apresuró a abrirme la puerta tenía en los ojos el brillo acerado de quien tiene costumbre de arreglar trifulcas de comisaría.

miguel gonzález avelar

EXP. 3112/66